

CIENCIA Y ARTE DE LA TRADUCCION

«Es preciso rehabilitar para la lectura toda la antigüedad grecorromana, y para ello es inexcusable una gigantesca faena de traducción», clama Ortega y Gasset desde su buído tratado, «Misericordia y esplendor de la traducción», percatado de la ineficacia de nuestras versiones.

Yo subrayaría una circunstancia peculiar que concurre a exigir de nosotros este esfuerzo: la madurez de los estudios de filología en que ha de basarse. Si disculpa en parte a sus autores de los errores de interpretación en las versiones que llamaríamos clásicas el conocimiento incompleto, menos exacto y minucioso, que poseían de la vida y cultura del mundo clásico, bríndanos la moderna filología tan acabados estudios cuya luz se proyecta sobre los textos clásicos, merced a una incansable tarea conjunta de centenares de sabios y a una serie de circunstancias felices, que se diría llegado el momento de abordar la empresa aprovechando sus resultados.

No quiero decir que no existan al presente dificultades por lo que a la aclaración del sentido respecta. Uno de los más ilustres filólogos modernos, Wilamowitz-Moellendorff, se apresura a frenar nuestro excesivo optimismo. Así, refiriéndose a la poesía griega, después de encarecer el trabajo del hombre moderno, que sólo a costa de amplios y hondos estudios logra reconstruir las circunstancias que se brindaban al poeta en el marco de su época espontáneas, «dista aún mucho la filología —asegura— de haber conseguido los resultados completos y por entero seguros sobre la lengua, el arte del verso y el texto de la mayor parte de los poetas griegos»¹. Por lo que a los autores latinos se refiere, resueltas en

¹ *Was ist Übersetzen*. pág. 4, en: *Vermischte Schriften*, I, Reden und Vorträge, Berlín, Weidmann, 1913.

gran parte tales dificultades, en trance de iniciar ya la tarea, comencemos por reconocer el volumen del problema. «Toda traducción se me antoja decididamente una tentativa por resolver lo que no tiene solución», escribe Guillermo Humboldt a Schlegel a fines del siglo XVIII. «Pues todo traductor ha de estrellarse sin remisión en uno de estos dos escollos: o se mantiene fiel al original a costa del gusto y de la lengua de su nación, o conserva la propiedad de la lengua de su nación a costa del original». La tarea es, pues, utópica. Mas sigamos nuestro camino. «El arte de traducir —apunta Bardt— no es de creador, como el del poeta o pintor, sino de intérprete, como el del actor o el del ejecutante, más por ser un arte, lo mejor, lo más fino y elevado de él, no es objeto de enseñanza»². Arte de intérprete o ejecutor, mas arte al cabo. «El espíritu del poeta —añadirá Wilamowitz— debe llegar a nosotros; «über uns kommen», y hablar con nuestras palabras. Los nuevos versos deben ejercer sobre sus lectores el mismo efecto que los antiguos en su tiempo sobre el público y que aún ejercen hoy sobre aquellos que se toman el necesario trabajo filológico. Tanto es lo que se exige. Sabemos cuán poco lo cumplimos. «Más en la tierra sólo se consigue lo posible exigiendo lo imposible y es preciso conocer el fin para encontrar el camino»³. Ya tenemos perfilado el blanco inasequible. Debe el traductor llenarse de antemano del espíritu del poeta y transmitirlo a sus lectores de suerte que produzca la misma impresión que producía a su público. Y añade el sagaz helenista: «Una lengua es necesario entenderla por completo: esto es, conocer plenamente el pueblo que la habla». Presupuesta la necesaria preparación filológica, una vez señalado el blanco, ya podemos iniciar la tarea.

No debe limitarse la tarea del traductor a aquel primer menester con que se contentaba para sí Goethe: que ayude a comprender el original, a modo de fotocopia de éste en el nuevo idioma. Para el excelso liberador alemán cuanto más andrógino era el cuerpo de la traducción, tanto más le satisfacía. Bastábale con que se le transmi-

² C. BARDT, *Technik des Übersetzens lateinischer Prosa*, Leipzig, Teubner, 1904, pág. 1.

³ *O. c.*, pág. 5.

tiera la forma del original, que el espíritu él lo percibía por obra de genial intuición.

La primera parte de la tarea del traductor es la de compenetrarse con los pensamientos y sentimientos del texto, objeto de la versión, a fin de proceder a la extracción exhaustiva de su contenido que ha de transfundir a su propia mente. Logrado lo cual, cumple llevar a cabo la segunda parte, la transmisión del contenido asimilado a otra lengua distinta, en la que haga partícipes a los demás de su propia comprensión de las ideas y afectos originales. Esta noble tarea transmisora sólo es dado realizarla al filólogo, a quien hace libre y gozosa profesión de dedicación de por vida a los clásicos.

Enfrentémonos resueltamente con el problema: ¿Cómo hemos de traducir un texto clásico? Quizá debiéramos hacer preceder la pregunta de otra previa: ¿Qué debemos traducir de un texto clásico? Porque es el caso que los filólogos que hacen cuestión del tema se escinden en dos direcciones. Unos defienden con Schleiermacher que debe transmitirse absolutamente todo del modo mismo que se halla en el original, es decir, que procede conservar en la mayor medida posible lo que Blass llama «el estilo nacional», el conjunto de características, de peculiaridades ajenas, extrañas a nosotros, privativas de la lengua del original. Por el contrario, otros sostienen —y entre ellos figura Wilamowitz— que se debe prescindir en el mayor grado posible del estilo nacional, ya que a su juicio ha de tender toda versión, como hemos dicho, a operar sobre el espíritu del lector, del mismo modo que obraba sobre su público. Nota certeramente Blass que, si conservamos íntegramente el estilo nacional, damos entrada en la versión, sin darnos cuenta, a un elemento extraño que condiciona o frustra su plena virtualidad. Bastará un ejemplo para ilustrarlo. Sabido es que la prosa griega gustaba de articularse en prieta trabazón. Quien a imagen del original insertara a cada paso la partícula «pero», pongo por caso, produciría un efecto extraño, no producido ciertamente en los lectores griegos por la partícula «δέ». Otro tanto sucede con el ampuloso concatenamiento del rodado periodo ciceroniano, si del gusto de algunos de nuestros escritores del siglo de oro, tan enfadoso a nuestro oído que se diría antitético a la estricta naturalidad de la frase corta, que hoy señorea nuestra lengua escrita. De donde por este procedimiento de fotocopia se pierde una parte de la virtualidad del original y aún la

otra parte no coincide por entero con aquel. Quizá esta pretensión de producir con nuestra versión la misma impresión que el original tenga algo de utópico. Lo nacional —se ha afirmado— no es dado expresarlo cumplidamente más que mediante la lengua nacional.

Sin dejar de conceder su parte de razón a los tales, en la ineludible necesidad de traducir propone Boeckh la fórmula conciliadora: que cuidemos de enlazar en la versión de los autores clásicos lo más íntimamente posible el estilo nacional y el estilo individual, específico de cada poeta. Quien excluye o restringe lo nacional —aduce Blass— corre el riesgo de restringir la individual, con lo que invalidaría por entero la tarea propuesta.

Por fortuna para nosotros contamos en este caso con la aportación del primer hombre de letras del mundo clásico, de Cicerón. En su preámbulo a los discursos por él vertidos de Esquines y Demóstenes, nos alecciona, sin pretenderlo, de esta suerte: «Nec converti ut interpres sed ut orator; sentiis iisdem et earum formis tamquam figuris, verbis ad nostram consuetudinem aptis; in quibus non verbum pro verbo necesse habui reddere, sed genus omne verborum vimque servavi; non enim ea me adnumerare lectori putavi oportere sed tamquam appendere» (De optimo genere oratorum 14). Luminosa intuición artística la suya, normativa en la tarea transmisora, ésta de proceder por «equivalencias», que ejercida por sus manos había de dar a Roma la más generosa paridad de la elocuencia griega. Norma la suya del peso en lingotes, de clara ejecutoria artística, frente a la minimizante del «recuento por monedas» propia de la artesanía de la versión, como nota agudamente Blass. A lo que se añade el fecundo afán que desazonaba a los escritores romanos en la tarea, la emulación con los modelos griegos. Ciertamente que el parecido no llega a ser absoluto. A la finura y limitación ática corresponde cierta explicable amplificación que distingue a Cicerón de Platón, a Horacio de Alceo. Todavía se allegaba en la tarea un estimable enriquecimiento del propio idioma a que impelía a los escritores señeros de Roma la búsqueda y elección de palabras equivalentes y aún de exornos de la locución, distinta en sus exigencias no pocas veces como coinciden en manifestárnoslo Cicerón (*De orat.* I, 155) y Quintiliano (*Inst.* X, 5. 3).

Volviendo a la versión de los poetas clásicos, prorrumpe Wilamowitz: ¿Hemos de entallar nuestra versión a imagen del original

como madera en banco de carpintero? Reconozcamos que la dificultad de la versión se acrecienta allá donde los primores del ritmo y estilo se dirían inseparables del contenido. Y el genial magisterio de Wilamowitz resuelve: Fuerza es rechazar la utopía de equiparar la poesía cuantitativa a la acentual. De su esterilidad habla con sobrada elocuencia el ejemplo de Klopstock en su *Mesías* y en sus versiones, varadas en el artificio de los hexámetros latinos, aprendidos en la escuela de Pforta. El lenguaje y el verso —acude— deben compenetrarse, identificarse, y es absurdo emplear versos griegos en un idioma romance o sajón. Sólo en el caso de que se trate de idéntica cultura, cuando la manera de pensar y sentir sea la misma en la lengua de que se traduce y a que se traduce y apenas difiere en mayor medida que en dos poetas de una misma patria, sólo entonces es dado servirse de un mismo indumento, de idéntico ritmo y estilo. Esto sucede en el caso de Shakespeare traducido por Schlegel y de Byron vertido por Gildemeister, quienes naturalizan en lengua alemana a dos poetas, que a la mayoría de los germanos se les antojan tan suyos como el mismo Goethe.

Mas la diferencia de cultura, la distancia espiritual y temporal a que nos hallamos de los poetas grecolatinos, impone en nuestro caso la acomodación a la forma métrica, al ritmo y al estilo de la lengua a que se traduce. Por fortuna contamos en nuestras letras con un áureo aleccionador, Fray Luis de León. Dudo exista en la versión de los poetas latinos, singularmente en la lírica horaciana, magisterio que al suyo se le iguale.

Observad que en la transmisión de la poesía del venusino comienza por prescindir resueltamente de los moldes de la métrica griega a que pliega Horacio el vuelo de su musa, la estrofa sáfica, alcáica, asclepiadea, el concierto de arquilóqueos, pituyámbicos, de combinaciones de ritmo dactílico, la sucesión de trímetros y dímetros yámbicos. Harto se le alcanza la distancia que separa el ritmo cuantitativo de la poesía de su modelo y el acentual de la lengua castellana. Por eso se sirve del principio rítmico connatural a nuestra lengua. Mas relega con radiante intuición las coplas castellanas tradicionales y acude a la estrofa recién naturalizada por Garcilaso en nuestra lengua, al tendido y recogido movimiento de la lira recurrente, trabada de endecasílabos y de heptasílabos. Poco significaría no obstante este primer acierto si no fuera acompañado de una

acabada maestría en la acomodación del original a la andadura, al ritmo, a la armonía y sonoridad, a la viveza y expresividad de nuestra lengua que él recoge ya formada exquisitamente de manos de Garcilaso. Maravilla el donaire y la propiedad de giros y locuciones, como nacidos de un mismo sentido de la contención, de la modestia, del don clásico del saber callar a tiempo y asimilarse esos silencios de valor poético activo que amplifican la vibración en ondas de belleza en torno a la estrofa horaciana. Y a la par aquella «callida iunctura», que demandaba el venusino y el peso y la enjundia y la viveza de los mismos vocablos que reviven en su poesía con las notas todas expresivas del original, y aun con un inconfundible aroma rural español, que su alma enraigada en nuestra tradición añade de su cosecha en los apuntes campesinos. A él se debe que perviva la poesía de Horacio entre nosotros, transfundida, recreada en nuestro idioma.

Mas aún la mera versión del original, requiere en nuestro caso un conocimiento no menos hondo y extenso del latín que del castellano. ¡Cuántas de las traducciones modernas adolecen de un insuficiente conocimiento de nuestro idioma! Laten en él un sin fin de posibilidades expresivas con que acercar al lector a unos pasos del peregrino espectáculo del original. Mas al lado del hábil manejo de los recursos de nuestro idioma en que es necesario adiestrar al traductor, quisá procada establecer un sistema de normas de transvase a nuestra lengua de cada sintagma, tipo de enlace o relación, oración y frase latina, mediante un minucioso análisis del valor y posibilidades expresivas de cada una de dichas unidades en latín y de sus correspondientes castellanas. Pudiera servirnos de guía el trabajo sopesado, fidelísimo, de estilística, realizado bajo la dirección de Bally, para el transvase del alemán en el Seminario de francés de la Facultad de Letras de Ginebra.

A ejemplo pel maestro alemán, de Wilamowitz, inserto a mi vez una muestra de mi dedicación a este noble menester. Elijo uno de los pasajes del primer libro de las Geórgicas, que considero de más difícil transmisión, tanto por la gama de gracias de forma, como, sobre todo, por el impulso enardecido de que el poeta se deja llevar en el umbral de su tarea deseada. La dificultad de la versión llega a su cima en la segunda parte, en la invocación a Octavio. En vano

afecto y gratitud pugnan por parearla con la espontánea cifra de intuiciones de la primera parte.

LAS GEORGICAS ⁴.

INVOCACION A LAS DIVINIDADES.

Ahora voy a cantar qué es lo que da a la mies su lozanía
y en que tiempo, Mecenas, es conveniente roturar la gleba
y maridar las vides con los olmos, qué cuidados requiere la vacada
y qué otros el rebaño solicita, que prácticas exigen las guardosas
[abejas.

Vosotros, oh radiantes luminares del mundo,
que por el haz del cielo guiáis el insensible movimiento del año,
tú, Líber y tú, Ceres nutricia, pues por dádiva vuestra
vino a trocar la tierra la caonia bellota en pingüe espiga
y los sorbos mezcló del Aqueloo al jugo de las uvas, don por tí
[descubierto,

y vosotros, oh Faunos, dioses de los labriegos protectores,
Faunos y Ninfas Dríadas, a la par hacia mí tended el paso,
vuestros dones celebro. Y tú, Neptuno, a cuya voz latierra
brotó el piafante bruto herida por el golpe de tu enorme tridente.
Y tú de las umbrías morador, por quien pacen trescientos
novillos cual la nieve los espesos matojales de Cea.

También tú, egregio Pan, guardián de ovejas, si es el Ménalo ob-
[jeto de tu amor,

dejando el bosque patrio y los desfiladeros del Liceo,
ven propicio en mi ayuda, oh dios Tegeo.

Y Minerva, inventora de la oliva,
y el mozo que enseñó a usar el corvo arado,
y tú, Sivano, que en la mano empuñas un ciprés crecedero arran-
[cado de cuajo,

dioses y diosas todas, que ponéis vuestro afán en cuidar de los
[campos,
cuantos hacéis brotar nuevas plantas del suelo sin el auxilio de se-
[milla alguna,

⁴ Sigo el texto latino de la 2.^a edición de O. RIBBECK, Leipzig, Teubner, 1894-5.

y cuantos para bien de los sembrados hacéis fluir del cielo a rauda-
 [les la lluvia.
 Y sobre todo tú, cuyo arte no sabemos en qué celeste junta
 hallará un día asiento, si tu gusto será, oh César; el cuidar de las
 [ciudades
 o querrás encargarte de la tierra y así te aclamará el haz del orbe
 [todo por dador
 del auge de las mieses y del variable giro del año, soberano,
 señor de las mudanzas de la atmósfera, tu sien ciñendo el materno
 [mirto;
 o llegarás a ser Dios del inmenso espacio de los mares,
 y tu poder divino implorarán no más los navegantes,
 y abarcará tu imperio hasta el confín de la remota Tule,
 y su yerno te hará la hermosa Tetis dándote en arras la extensión
 [del mar,
 o vendrás por ventura a ornar, nuevo lucero, el curso de los meses
 [espaciosos,
 allá do hay un lugar vacío entre la Virgen y los tendidos brazos in-
 [mediatos;
 (ya el brillante Escorpión por tí de grado encoge sus antenas,
 y te cede un espacio de cielo más holgado que el debido)
 donde quiera que reines que el Tártaro no aspira a tenerte por rey
 y ojalá no te venga el siniestro deseo de reinar en sus sombras
 por más que Grecia admire los Campos del Eliseo y por más que
 [rehuse Proserpina seguir el llamamiento de su madre
 concédeme una fausta travesía y dá a mi osada empresa valimiento
 y apiadado conmigo de los labriegos que su ruta ignoran
 asume tu divino menester y desde ahora tu oído ve acostumbrando
 [a las humanas preces.
 (G., I, 1-42)

Preparación de la era. El presagio del almendro.

Cuidados que requieren las semillas.

Y te puedo decir mil cosas más que mandan los antiguos,
 si atención me dispensas y no te causa enojo conocer tan menudos
 [menesteres.

La era primeramente por medio de un pesado cilindro ha de allanarse
 y removerse a mano sus cimientos y con greda tenaz endurezese
 por que no broten hierbas ni por la acción del polvo se agriete
 y no te burlen numerosas plagas. Suele el ratón enano
 fabricar bajo tierra casa y troje
 y suele el ciego topo poner allí cavada su guarida;
 allí hallarás el sapo en su agujero y cuanta sabandija el suelo cría,
 el gorgojo que tala su gran montón de espelta
 y la hormiga a que el miedo a vejez desvalida desazona.
 Pon atención también, cuando el almendro se engalane de flores
 [en los campos
 y el peso combe sus fragantes ramas: si superan en número
 las flores y las hojas, el grano abundará en igual medida
 y habrá copia de fajos que trillar al calor sofocante del estío:
 pero si prepondera la pompa del follaje con su sombra
 ¡ay! tu era trillarás cañas ricas en paja solamente.
 Y he visto yo a no pocos que a punto de sembrar medicinan los
 [granos
 y primero los bañan de una mezcla de nitro y de oscuro alpechín
 por que cuaje en la vaina engañadora un fruto más henchido
 y aún con escaso fuego, prestamente se cueza y enmolezca.
 Y he visto yo semillas elegidas con diligencia extrema
 que van degenerando sin embargo, si el hombre año por año
 no se toma el cuidado de ir por sí una por una seleccionando a
 [mano las mayores.
 Que todo lo criado fatalmente decae y empeora y en su caída va
 [retrocediendo,
 lo mismo que el que trata de remontar a remo el río con su barca,
 si interrumpen acaso sus brazos el esfuerzo
 al instante la rauda corriente arrebatado lo arrastra a la deriva.
 (G., I, 176-203)

*Quehaceres que no impide la lluvia
 ni prohíben los días de fiesta.*

Y si la fría lluvia llega al labriego a retener en casa
 le es dado hacer mil cosas con esmero que habría

de hacerlas de corrida cuando de nuevo se despeja el cielo:
 a golpes de martillo el uno afila el duro diente a la embotada reja,
 fabrica artesas excavando un tronco o marca su rebaño
 o bien numera sus montones de trigo.

El otro aguza estacas y horquillas y adereza
 ligaduras de mimbres amerinos para tener enhiestas las vides
 [caedizas.

Es ahora la ocasión de entretejer con varillas de espino el blando
 [canastillo.

Tostad el grano al fuego ahora, moledlo con la piedra.

Pues ¿qué? si hasta los días festivos se permiten
 por las leyes humanas y divinas ciertas ocupaciones.

No hay precepto sagrado que prohíba dar curso a las acequias
 ni resguardar con vallas los sembrados, ni tender a los pájaros en-
 [gaños,
 ni quemar los espinos, ni bañar el hato balador en el agua del río
 [saludable.

Y suele el labrador cargar a lomos de espacioso asnillo
 aceite o fruta de valor escaso, tornando del mercado
 con piedra de amolar o con su pella de negruzca pez.

Religiosidad campesina

Y ante todo venera a las deidades y págale a la excelsa
 Ceres su valimiento año por año en sus festividades, cumpliendo lo
 [prescrito,

sobre la lozanía de la hierba, al punto mismo en que el invierno es
 [ido y reina la apacible primavera.

Entonces están gordos los corderos y el vino ya cocido se enmollece,
 dulce el sueño es entonces y tupidas las sombras de los montes.

Adore a una contigo toda la mocedad a Ceres por los campos;
 deslíe tú en su honor la miel de tus panales en tu ofrenda de leche
 [y dulce vino

y pase en torno de las nuevas mieses la víctima propicia por tres
 [veces,

y déle escolta todo el coro moceril cantando ufano
 y sus voces atraigan la protección de Ceres a tu casa.

Y nadie la hoz aplique al tallo de la espiga sazónada,
 si primero, de encina coronado, no honra a Ceres
 danzando a pierna suelta y entonando sus cánticos.

Presagio del viento y de la lluvia

Y por que de antemano podamos con indicios verdaderos
 conocer el calor y la lluvia así como los vientos que acarrean el frío,
 vino Júpiter mismo a establecer qué avisos nos daría la luna con
 [sus fases,
 qué indicio a mano habemos de que el viento se encalma,
 y qué otros, advertidos a menudo, al labriego aconsejan
 retenga su rebaño más cerca del establo que otras veces.
 Al momento en que el viento se levanta,
 agitándose empiezan a encrespase las olas de las radas
 y un seco restallido se percibe en la cumbre de los montes
 y un confuso fragor va rodando a lo largo de las playas
 y agrandándose va más y más el murmullo de los bosques.
 A duras penas logran contenerse las olas a la vista de los corvos
 [navíos,
 cuando desde alta mar tornan en raudo vuelo las cercetas
 y rumbo a la ribera alzan su clamoreo,
 y cuando las marinas gaviotas sobre el haz de la arena juguetean
 y sus consuetos lagos la garza abandonando, por cima de las nubes
 [tiende el vuelo.
 Y cuando cierne el viento su amenaza, a menudo verás
 deslizarse a lo largo del cielo las estrellas fugaces
 y a través de las sombras de la noche,
 albeantes tender en pos de sí su dilatada estela luminosa.
 A menudo verás rodar en incesante vuelo la paja leve y las hojas
 [caídas
 o revolar por sobre el haz del agua las plumas juguetonas.
 Mas si relampaguea por donde sopla el cierzo su amenaza,
 si truena en la morada del céfiro y del euro,
 al punto anda nadando el campo todo, desbordados los cauces,
 y en el mar el marino amaina presto las mojadas velas.
 Que nunca se presenta la lluvia de impromiso:
 o las grullas huyendo su presencia desde su aérea altura

se amparan en el fondo de los valles,
o mirando hacia el cielo la becerra, su nariz dilatada el viento sorbe,
o gira la parlera golondrina del lago en torno en incesante vuelo
y la rana en el charco croa que croa su quejumbre antigua.
Y a menudo también la hormiga saca de su recóndita morada
sus huevos, recorriendo su angosto senderuelo,
o se afana en beber el arco iris del caudal de las aguas
o el escuadrón de cuervos tornando de comer en larga fila.
los aires alborota con el estruendo de sus raudas alas,
y los variados pájaros marinos y los que en derredor
de los prados asianos del Caístro escudriñan los lagos de agua dulce
se esparcen a porfía abundante rocío por la espalda:
ya los ves en el agua zambullirse, ya en busca de las olas corretean,
ya arden en no saciado deseo de bañarse.
Entonces la obstinada corneja demandando,
la lluvia a voz en cuello se pasea consigo a solas por la seca arena.
Y no menos presienten el mal tiempo
las muchachas que velan hilando su tarea,
cuando ven que el aceite del candil encendido
lanza un chisporroteo y cuaja sucios hongos en la mecha.
(Ib. 338-385).

Termino con la conclusión a que llega Wilamowitz al cabo de sus consideraciones sobre la tarea de traducir. Debe comenzar el traductor de un poema por comprender plenamente. Una vez logrado esto, procede que lo creado en una lengua determinada, con su ritmo y estilo peculiares, lo transmita a otra lengua que cuenta a su vez con ritmo y estilo propios e intransferibles. A ellas precisamente ha de acomodar la forma, el ritmo y el estilo del poema traducido. Lo que cabría reducir así con la genial fórmula de Cauer: Debe ser la versión «tan fiel como sea posible, tan libre como sea necesario»⁵,

JAVIER ECHAVE-SUSTAETA.

⁵ P. CAUER, *Die Kunst des Übersetzens*, pág. 13.